

LA ALBORADA

SEMANARIO ILUSTRADO, DE POLÍTICA, CIENCIAS Y LETRAS

CONSTANCIO C. VIGIL

DIRECTOR - REDACTOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: JUNCAL, 76

AGUSTÍN SALOM

ADMINISTRADOR

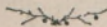
AÑO III — 2.^a ÉPOCA

MONTEVIDEO, 19 DE NOVIEMBRE DE 1899

NÚMERO 88

CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA PRENSA NACIONAL



No podrá mirarse con desdenes nuestra insistencia en evidenciar la necesidad de que la prensa del país se coloque á una mayor altura que la que hoy ocupa. No; porque somos sinceros, porque las pruebas que á nuestro favor pudiéramos exhibir son múltiples y desconsoladoras, y porque perseguimos un fin culto y también práctico. Todavía agregaremos que hablamos en términos enteramente generales, sin dirigir á un punto las ideas, y sí á una escuela periodística hija de un pasado forzosamente embrionario, en que para los hombres todos los sentimientos eran pasiones y todos los ataques eran á muerte, aún en la esfera de las ideas.

Como todas las cosas, la prensa ha de evolucionar. Lo decimos principalmente por la de campaña, por dos sencillas razones: la primera es que en la capital de la república varias y poderosas circunstancias han favorecido el progreso en este sentido, y la segunda, que los departamentos del interior, por causas parecidas, demandan con toda fuerza, elevación de ideas y de razonamientos en quienes participen del deber de operar una verdadera transformación sociológica.

No nos tachará de vanos ó de injustos quien hable con la conciencia descubierta. Siempre hemos defendido nuestra querida campaña, —enemigos acérrimos del centralismo absorbente y de los privilegios departamentales, — y es precisamente el amor que nos liga á la parte desvalida, las grandes zonas del interior, quien nos obliga á tocar estas tristes cuestiones. Muy tristes en verdad. Hasta trascienden al exterior transmitiendo una impresión falsa de nuestra idiosincrasia y nuestro valer moral. ¿Saben, por ventura, esos periodistas que viven entumecidos en los laberintos del personalismo, oprimidos por sus raquícos ideales, ocupados en barajar soces improprios y el honor del adversario, saben cómo hacen juzgar al periodismo nuestro, cuando llegan sus escritos á manos del extranjero? — Lo sabemos, ó lo adivi-

namos casi todos. Por nuestra parte, no lo ignoramos. Ahora mismo mantenemos polémica con un amigo, hijo de Buenos Aires, porque él llama á nuestra prensa del interior *la prensa bárbara*, tomando el todo por una parte mínima, exagerando monstruosamente el calificativo. Dos ejem-

ÁLBUM REVOLUCIONARIO



Teniente Coronel Miguel A. Pereyra

plares de dos periódicos son la base de su juicio. Véase qué dislates no lucirán ellos!

Nuestro deber aparece bien claro. Podrán hundirse estas pobres frases en el olvido, pero la necesidad que ellas entrañan ha de cernerse imperiosa y ha de ser atendida, en breve plazo.

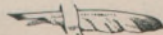
¿Cómo es posible que á un colega, ya porque piensa de manera distinta, ya porque alberga determinada flaqueza, se le apliquen los mote que en ocasiones leemos; mote ridículos, mote ruines, mote indignos de que sean estampados en una publicación? ⁽¹⁾ ¿Cómo es posible que se abandonen todos los asuntos de importancia y se dedique el tiempo á los insultos mutuos? — ¿Por qué debe ser todo cuestión de *yo y tú*?

(1) Como ahora, en periódicos recientemente recibidos.

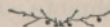
La prensa nacional pasa, quizá, por un período de transición. Evolucionará, progresará, no lo dudamos; mas sería conveniente que todos nos hiciéramos esta reflexión y procurásemos salir triunfantes en los torneos de la cultura.

Hay que operar el cambio así sobre los tópicos que se estudian, como sobre el lenguaje, á menudo afeado con términos inaceptables. No decimos que se escriba con perfección; nos referimos á la fineza, á la moralidad del estilo empleado.

Acaso seamos dichosos en nuestro afán; acaso defiriendo á nuestra invitación, mediten algunos colegas que apreciamos, cuanto á la misión grandiosa que se les ha depurado, y respecto á los medios de que se valen para realizarla. A nadie en particular nos dirigimos, pero indudablemente habrá nobles corazones que reconozcan el yerro y se apresten á la enmienda.



EL OBSTRUCCIONISMO



¡Y qué tremendamente belicosos que somos por acá!

Lo podemos decir sin vacilaciones, repetir de continuo; lo podemos probar con la facilidad con que se prueba que el sol alumbra y que la chicharra canta en la canícula y perece de hambre en el invierno.

En cualquier país del mundo suena un cohete, y la gente se dice: «Es un cohete». Entre nosotros, un ruido semejante es un estruendo más que sospechoso: nos palpamos, echamos un vistazo hacia la calle, y exclamamos con sombría incertidumbre: «Hum! Algo habrá por ahí». Pasa tropa de línea, y no se nos ocurre que el señor coronel ha querido pasearse en su vistosa cabalgadura. «Tropa? Á embarcarse va. ¿Hacia qué parte? ¿Qué barullo tendremos en campaña!» En París, en Berlín, y en Stokolmo se reúne un visionario con algunos más, dicen algunos disparates y toman armas: se les mete en la cárcel, y buenas noches. Aquí, otros tales inquietan las poblaciones en sesenta leguas á la redonda; y, «ha de haber vasto complot», decimos,